

BIOÉTICA



CUIDAR LA TIERRA

RAZONES PARA CONSERVAR
LA NATURALEZA

EMILIO CHUVIECO y MARÍA ÁNGELES MARTÍN



EMILIO CHUVIECO
MARÍA ÁNGELES MARTÍN

CUIDAR LA TIERRA

INTRODUCCIÓN A LA ÉTICA AMBIENTAL

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Gonzalo Nadal

Cuidar la tierra. Introducción a la Ética ambiental
© Emilio Chuvieco y María Ángeles Martín, 2023
© Digital Reasons, 2023
Serrano, 51 - 28006 Madrid (España)
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es

Diseño de cubierta e interior: Digital Reasons.

ISBN (papel): 978-84-10093-00-3
D.L.: M-30582-2023
ISBN (digital): 978-84-10093-01-0

Ficha bibliográfica: Chuvieco, Emilio y Martín, María Ángeles (2023): *Cuidar la tierra. Introducción a la Ética ambiental*. Madrid, Digital Reasons.

Imprime: Podiprint.
Impreso en España - *Printed in Spain*

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva de los autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Breve cv de los autores	7
--------------------------------------	----------

Prólogo.....	9
---------------------	----------

1. ¿De qué estamos hablando?.....	13
--	-----------

1.1. ¿Qué es lo natural?.....	13
-------------------------------	----

1.2. Medio ambiente, ecología y ecologismo.....	18
---	----

1.3. El núcleo del debate en ética ambiental.....	21
---	----

2. ¿Es tan grave la situación ecológica?.....	29
--	-----------

2.1. No dejes que la verdad te estropee un buen titular.....	29
---	----

2.2. El canario en la mina	32
----------------------------------	----

2.3. Contexto y tendencias	39
----------------------------------	----

3. Raíces del conservacionismo	49
---	-----------

3.1. Del siglo XIX hasta 1969.....	49
------------------------------------	----

3.2. Cambio de paradigma.....	58
-------------------------------	----

3.3. Movimientos sociales conservacionistas.....	61
--	----

3.4. El movimiento <i>Wilderness</i>	63
--	----

4. Razones para la conservación ambiental 67

4.1. La Naturaleza como fuente de recursos.....	68
4.2. La Naturaleza como proveedora de servicios.....	70
4.3. Naturaleza y contemplación	75
4.4. Un ambiente saludable.....	79
4.5. Didáctica.....	81
4.6. Convicciones filosóficas y religiosas	83
4.7. Relevancia de las motivaciones y actitudes ambientales	85

5. Éticas ambientales..... 89

5.1. Ética y medio ambiente	89
5.2. Antropocentrismo fuerte	95
5.3. Ética del cuidado y la responsabilidad.....	99
5.4. Economía de escala humana	101
5.5. Ecología cultural	104
5.6. Ecofeminismo	106
5.7. Ecología social	108
5.8. Holismos	112
5.9. Biocentrismo	116
5.10. Ecorresistencia.....	120
5.11. Sensocentrismo	123

5.12. Valoración de las distintas éticas ambientales	127
--	-----

6. Religión y conservación ambiental 129

6.1. ¿Por qué hablar de religión en ética ambiental?	129
6.2. Tradiciones indígenas	134
6.3. Hinduismo	137
6.4. Budismo	146
6.5. Judaísmo	150
6.6. Islam	157
6.7. Cristianismo	167
6.7.1. <i>En el banquillo de los acusados</i>	167
6.7.2. <i>La respuesta a las críticas</i>	172
6.7.3. <i>Custodios de la Creación</i>	186
6.7.4. <i>Empatía ambiental</i>	190
6.7.5. <i>La Iglesia católica y la conservación ambiental</i>	194
6.7.6. <i>Encíclica Laudato si'</i>	205
6.8. Síntesis: valores religiosos y conservación ambiental	214

7. Respuestas a la crisis ecológica 223

7.1. No hacer nada	223
7.2. La respuesta tecnológica	225

7.3. Respuesta <i>indigenista</i>	229
7.4. Respuesta anti humanista.....	232
7.5. Ecología integral.....	239
7.5.1. <i>Ecología humana: Hacia una moral</i> <i>"ecológica"</i>	240
7.5.2. <i>Cambiar los estilos de vida</i>	249
7.5.3. <i>Ecología y relaciones humanas</i>	257
8. Reflexiones finales	263
9. Referencias	265

Breve cv de los autores

Emilio Chuvieco

Catedrático de Geografía de la Universidad de Alcalá, donde lidera el grupo de investigación en Teledetección Ambiental y la cátedra de ética ambiental. Ha impartido cursos de postgrado en 16 países. Ha sido investigador visitante en el Centro Canadiense de Teledetección y las Universidades de Berkeley, Cambridge, Santa Barbara, Maryland y Oxford. Ha coordinado 36 proyectos de investigación competitivos y 23 contratos. Ha dirigido 43 tesis doctorales. Es coautor de más de 400 artículos y capítulos de libro. Su principal línea de trabajo se centra en las aplicaciones ambientales de los satélites de observación terrestre (Incendios Forestales, Cambio Global, Deforestación), aunque en los últimos años ha trabajado también sobre razones teológicas para la conservación ambiental. Ha recibido los premios *Batefuegos de oro* del Ministerio de Medio Ambiente, de Excelencia investigadora de la Universidad de Alcalá y *Rei Jaume I* a la Protección del Medio Ambiente.

María Ángeles Martín Rodríguez-Ovelleiro

Actualmente es profesora de Evaluación de Impacto Ambiental en la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y coordinadora de la asignatura Ética Ambiental del Máster Oficial de Bioética de la misma Universidad. Es Doctora en CC Biológicas por la UPM y Master en Gestión Ambiental por la Escuela Forestal de

la Universidad de Yale. Ha sido investigador visitante en las Universidades de Chile, Syracuse y Harvard. Su principal línea de investigación es la planificación física con base ecológica y en los últimos años ha trabajado en gobernanza ambiental y resolución de conflictos ambientales.

Prólogo

Por encima de las distintas visiones de la vida que conviven en nuestra mentalidad contemporánea, la mayor parte de nuestros coetáneos consideran el respeto al patrimonio natural como un valor propio de una sociedad desarrollada. No obstante, pocas veces las consideraciones ambientales tienen una influencia directa y cotidiana en la vida de las personas, cediendo paso a otros temas que se consideran más relevantes, como el empleo, la seguridad ciudadana o el acceso a los servicios sociales, cuando no se soslayan por indiferencia o por preferencias egoístas, ligadas a la satisfacción de caprichos. En la práctica, todavía somos pocos quienes pensamos que la conservación de la naturaleza forma parte del bien común, y está -en consecuencia- por encima de los intereses individuales, no solo porque nos acaba beneficiando a todos, sino más aún porque constituye la base de la propia supervivencia humana. En una sociedad eminentemente materialista, la naturaleza tiende a valorarse en términos económicos, en cuanto implica beneficios -por ejemplo, a partir de la belleza escénica que pueda comercializarse-, o en cuanto supone límites a la inversión, ya sea por los recursos que se preservan, ya por el coste de emplear tecnologías con menor impacto ambiental. Mucho menos habitual es considerar el valor intrínseco que tiene la naturaleza y quienes la habitan (plantas, animales, otros seres humanos), y en consecuencia tenerlos en cuenta, a la hora de tomar decisiones que los afecten, como algo más que meros recursos a nuestro servicio.

La Naturaleza entendida como conjunto de elementos animados e inanimados que forman el entorno físico en el que nos movemos es mucho más que

un bien de consumo. Los ríos o las montañas, las plantas o los animales, que comparten con nosotros el planeta Tierra, suponen también una fuente inagotable de enseñanzas, un enorme regalo que alegra nuestro espíritu, un espejo sobre el que entender mejor nuestra condición humana, que nos acerca, en última instancia, a nuestros semejantes y a nuestro Creador. A lo largo de la historia de la Humanidad, la naturaleza no solo ha servido para saciar las necesidades de alimentación, refugio y abrigo de los seres humanos, sino que también ha colmado sus afanes trascendentes, desde la búsqueda de la belleza (poesía, pintura, música...), hasta la paz interior o el encuentro con lo sagrado.

Muchos autores preocupados por la situación ambiental están de acuerdo en que la solución a los problemas no es únicamente técnica, sino que requiere un cambio de nuestro actual modelo social. Eso supone también modificar los valores que guían ese modelo, cambiando el consumismo materialista, que identifica la felicidad con la mera acumulación de bienes, por otro enfoque que prime elementos más intangibles, más acordes con la naturaleza espiritual del ser humano. Ese cambio se fundamentará en acrecentar nuestra valoración del entorno natural, pero también en ser más conscientes del compromiso ético y moral que tenemos con el ambiente.

Diversos pensadores y líderes religiosos, desde el Dalai Lama hasta Juan Pablo II o el papa Francisco, han subrayado que la crisis ecológica no es solamente una cuestión técnica, sino más bien un dilema moral, que la raíz de los problemas hace referencia a nuestra actitud y nuestros valores o, mejor aún, a nuestra falta de valores. Cambiar actitudes supone también modificar algunas de las cosas que hacemos, de los bienes que compramos, de los alimentos o la energía que con-

sumimos. Esto pasa por modificar nuestra visión cosmológica, reflexionar sobre qué papel ocupamos en el planeta, sobre nuestra responsabilidad como personas individuales, como sociedad y como especie.

Nos proponemos en estas páginas presentar las distintas visiones cosmológicas que fundamentan la conservación ambiental, las raíces del creciente interés por el medio y algunas de las consecuencias a que dan lugar. Previamente presentaremos algunos conceptos introductorios y algunos de los grandes problemas ambientales a los que nos enfrentamos.

Somos conscientes de que muchos lectores pueden sentir cierta reticencia a los movimientos conservacionistas, al estar frecuentemente asociados a posturas políticas o económicas con las que están en desacuerdo. Creemos que es importante diferenciar entre el objeto y el enfoque. La relevancia de la cuestión ambiental hace que muchas personas, desde muy diversas ópticas, intenten colaborar a cambiar nuestro actual modelo de relación con el entorno. No es imprescindible que coincidamos en la forma de hacerlo, ni naturalmente en las consecuencias que esos distintos enfoques puedan tener para otras cuestiones. Colaborar en una resolución de un problema global requiere unir esfuerzos con personas de muy diversas creencias y convicciones. Centrémonos en lo que nos une y apartemos otras cuestiones que son, en buena parte, laterales a la problemática ambiental.

Este texto es fruto de nuestra actividad académica y nuestra inquietud personal. En el primer aspecto, es de justicia agradecer a las personas que nos han acompañado en este itinerario intelectual, particularmente a través de los cursos de verano que la cátedra de ética ambiental de la Universidad de Alcalá organizó entre 2013 y 2019. Han sido muy valiosos los comentarios y sugerencias que a este texto han hecho

Josep Maria Mallarch, Mario Burgui y Alfredo Marcos. También a nuestros alumnos de la Universidad de Alcalá y Rey Juan Carlos, pues tantas veces sus preguntas y comentarios nos han ayudado a reflexionar más sobre aspectos que nosotros mismos no habíamos percibido en su debida importancia.

Esperamos que este texto sirva para profundizar un poco más en la situación ambiental del planeta, para conocer mejor las diversas ideologías que proponen escenarios de cambio y, sobre todo, para alentar nuestra postura personal activa ante los retos ambientales que tenemos por delante.

Emilio Chuvieco Salinero y
María Ángeles Martín Rodríguez-Ovelleiro

1. ¿De qué estamos hablando?

1.1. ¿Qué es lo natural?

Hace unos años apareció en la prensa la noticia de que una organización animalista había irrumpido en una granja de visones en Galicia, liberando a miles de ejemplares, con la consiguiente pérdida económica para esas explotaciones. La noticia podría sugerir a primera vista que era obra de un grupo ecologista más o menos radical, pero inmediatamente los grupos ecologistas denunciaron ese acto, tanto por no compartir los métodos violentos que se emplearon, como por tratarse de la liberación de una especie exótica que impactaría muy negativamente en la fauna y flora local (como de hecho así ocurrió). De este evento, podemos concluir que los animalistas y los ecologistas no necesariamente están de acuerdo –es más, en muchas ocasiones, como la presente, están en franco desacuerdo–, y que la protección del medio ambiente tiene que ver bastante poco con aplicar a los animales conceptos (libertad, derecho) que tienen un marcado componente humano. No estamos ahora discutiendo si criar animales para obtener sus pieles es éticamente aceptable o no, sino si es ecológicamente perjudicial o no. Ambientalmente pocos dudarán que es mejor aprovechar pieles o carne de animales criados para esa finalidad que cazarlos en su medio natural. En la misma línea, quienes pretenden conservar el medio en su equilibrio natural pueden valorar mucho más a unos insectos autóctonos que a un ciervo introducido, no solo porque sean del lugar, sino porque ejercen un papel en el medio que podría hacerlos imprescindibles para su equilibrio. Por ejemplo, las abejas pueden

ser muy pequeñas y poco atractivas como animales de compañía, pero tienen un papel clave en la polinización, que a su vez es clave para la reproducción de múltiples plantas.

En suma, estas ideas nos hacen considerar qué es exactamente lo que queremos conservar cuando proponemos conservar la naturaleza. En una encuesta realizada hace algunos años en internet sobre qué es la naturaleza, buena parte de quienes respondían definían lo natural como opuesto a lo humano, como si nosotros fuéramos una especie de *alien* que hubiera caído en el planeta desde el espacio exterior. Ciertamente, en el lenguaje corriente un paisaje se considera natural cuando no muestra signos de transformación humana. Natural, en este contexto, es sinónimo de original, nativo o silvestre, por contraposición con un paisaje artificial donde primen las improntas humanas, ya sea en forma de infraestructuras (carreteras, ferrocarril), construcción (edificios), producción (agricultura, plantaciones forestales) o diseño ornamental (jardines, parques de recreo).

Desde esa intervención humana más obvia, hasta otras que son menos evidentes, como las originadas por repoblaciones centenarias, incendios o plantas y animales introducidos, el rango de convivencia del ser humano con la naturaleza es muy amplio. Hasta qué límite consideremos algo natural como "*espacio sin actividad humana*", define en buena medida la amplitud del territorio al que nos estamos refiriendo, y que eventualmente tendríamos interés en conservar.

Si utilizamos el concepto en un sentido muy restrictivo, la superficie del planeta que podríamos considerar natural es muy pequeña. En efecto, en la mayor parte de la Tierra, de una forma u otra, se observa la impronta humana. Aunque ciertamente los ecosistemas han experimentado múltiples cambios sin el concurso del

ser humano, los debido a la acción directa de nuestra especie no tienen parangón con los provocados por otras especies. Hemos modificado la cobertura vegetal original para plantar cultivos, dar de comer a nuestros ganados, construir lugares de vivienda o abastecedores de energía. En amplios sectores de Europa, Oriente Próximo y Lejano, Centroamérica y otras más aisladas de Sudamérica y África las señales de la actividad humana se remontan a más de cuatro milenios, por lo que son excepcionales los paisajes naturales, si utilizamos la acepción anteriormente indicada. Y, sin embargo, tenemos muchos ejemplos de paisajes apreciados como naturales, e incluso protegidos por ello, que distan mucho de estar exentos de intervención humana. De hecho, muchas zonas repobladas a partir de los años 40 en España, se consideran ahora como zonas de especial protección natural.

Puesto que lo estrictamente natural es tan reducido, cuando nos referimos a la conservación de la naturaleza adoptamos normalmente una definición menos restrictiva, incluyendo también áreas con poca presencia de rasgos artificiales, o incluso concedemos protección a paisajes culturales, que son fruto precisamente de la actividad histórica del hombre, como puede ser los bancales agrícolas tan tradicionales en la montaña mediterránea. En definitiva, podemos considerar la conservación ambiental en un marco más amplio, donde el ser humano forma parte como un elemento más del entorno, aunque sin romper su armonía, sin ser tan protagonista que sólo observemos en el territorio los rasgos humanos.

Ese sentido más estricto de lo natural puede llevar a actitudes más radicales en la conservación de la naturaleza, como luego veremos, que consideren al ser humano como el principal enemigo de la conservación. Si solo es natural lo no intervenido por el hom-

bre, sólo cabe preservar la naturaleza evitando que el ser humano se relacione con ella. En pocas palabras, según este planteamiento,

la naturaleza mejor y más pura es la Tierra donde no estamos, donde sólo somos visitantes. El lugar donde nos encontramos es el lugar donde la naturaleza no está. Esta forma de primitivismo en este siglo resultó en lo que algunos llaman el culto a las regiones en estado natural (Lorentzen, 2001: 39).

Aunque diversos autores siguen pensando que la mejor manera de conservar la naturaleza es aislarla del ser humano (reservas integrales, propuesta del "half-Earth"¹), afortunadamente, a nuestro entender, esta acepción tan reduccionista de la naturaleza tiene ahora menos aceptación, observándose una tendencia a considerar como naturales también a territorios que tienen o han tenido influencia humana, sin que ello haya supuesto su completa "artificialización". Fruto de este mayor aprecio hacia la presencia humana en la naturaleza estaría la creciente consideración del papel que juegan los pueblos indígenas en la conservación de los territorios en los que han vivido secularmente. En décadas pasadas, los conservacionistas más radicales aconsejaban expulsar a estos pueblos tradicionales. Ahora, se considera que estas comunidades han mantenido un equilibrio con el medio que garantiza su preservación, al ser precisamente parte de ese medio, y que la biodiversidad vegetal no solo no está reñida, sino que apoya, a la biodiversidad cultural que estos pueblos representan.

1 Esta idea proviene del biólogo norteamericano Edward Wilson (2016), sosteniendo que para preservar la biodiversidad del planeta era imprescindible que la mitad de la Tierra no tuviera intervención humana de ningún tipo.

En esta discusión sobre lo que es y no es la naturaleza -y, por tanto, sobre lo que deberíamos preservar-, nos parece muy relevante recuperar su acepción filosófica original. Los clásicos entendían la naturaleza como la esencia de las cosas, en pocas palabras lo que hace que sean una determinada cosa y no otra: un bosque, un arroyo o un tigre tienen una esencia propia, también una finalidad que cumplen en el ecosistema donde habitan, precisamente porque son eso y no otra cosa. Si el tigre no fuera un depredador de antílopes, y éstos no tuvieran otro animal que se los comiera, crecerían tanto que no tendrían vegetación suficiente para pervivir, además de degradar enormemente la existente en el proceso. Un tigre entonces tiene que hacer lo que se espera que haga un tigre (en este caso, comerse un antílope) y no otras cosas para las que no está pensada su naturaleza "*tigresca*", si podemos hablar así, como sería, por ejemplo, hacer piruetas en un circo. En este sentido, la conservación de la naturaleza sería la preservación de las finalidades para las que ese animal está "diseñado", siendo el diseñador la propia evolución de las especies (aleatoria o querida específicamente por Dios, según uno interprete la finalidad última del proceso evolutivo). En ambos casos, estamos asumiendo que el estado natural es el más perfecto.

En suma, conservar la naturaleza sería mantenerla tal y como debería ser (de acuerdo con su sentido más profundo), respetando las leyes físicas o biológicas que la han originado. Este enfoque también debería incluir al ser humano, pues es parte del mismo ambiente que estamos intentando preservar. En este sentido, nos parece importante subrayar la estrecha relación que debería haber entre ecoética y bioética, esto es entre la reflexión sobre los principios y actuaciones referidas a las personas y al medio natural, no solo

por ser parte del mismo, sino también por tener una naturaleza propia (la humana), que un naturalista convencido debería también preservar. Así, conservar la naturaleza es también conservar la esencia del ser humano, lo que somos naturalmente, frente a la invasión de la técnica que supuestamente nos perfeccionará (como propone el movimiento transhumanista), tan falazmente como lo hace con el propio medio natural. No se trata de caer en una tecnofobia ludista, sino de emplear la técnica para mejorar nuestras condiciones materiales y humanas, no para suplantarlas (Marcos y Pérez Marcos, 2018), como luego tendremos ocasión de comentar con más detalle.

1.2. Medio ambiente, ecología y ecologismo

La preocupación por el medio ambiente suele identificarse con los movimientos ecologistas, pero conviene aclarar que ni fue inventada por estos grupos ni es exclusiva de ellos. Precisamente por esta fuerte actividad de los grupos ecologistas, el término ecologista se relaciona con cualquier persona que tenga un compromiso serio de conservación ambiental. No obstante, nos parece que el término es realmente un tanto equívoco, y tal vez convendría cambiarlo por el de ambientalista o conservacionista.

De la misma forma, la palabra ecología/ecológico ha pasado a calificar cualquier elemento o acción que está cercano a unas condiciones "*naturales*" o, al menos, poco transformadas. Por ejemplo, se emplea el término ganadería o agricultura ecológica para referirnos a la producción cárnica o vegetal con mínimo uso de elementos artificiales, o se habla de planificación ecológica cuando se orienta a preservar valores ambientales. Por extensión, se habla también de bombillas, papel o coches ecológicos cuando su consumo es

más bajo o su proceso de fabricación es menos agresivo con el medio. En los últimos años, ese adjetivo parece haberse cambiado por el de “sostenible”, que indica términos similares en cuanto al carácter amigable con el ambiente -real o supuesto- de la institución, empresa o producto al que se aplique dicha etiqueta. A fuerza de tanta repetición, el adjetivo ahora dista mucho de su origen², pues cualquier cosa que tiende a perdurar en el tiempo puede considerarse sostenible (un determinado negocio, por ejemplo), aunque de hecho tenga poco de ambiental.

En entornos más académicos, el término ecología (*oikos-logos*, “saber sobre nuestro hábitat”) se restringe al estudio de las relaciones de los seres vivos entre sí y con el entorno que les rodea (clima, agua, suelos, vegetación, etc.). El término se propuso inicialmente por el biólogo y filósofo prusiano Ernst Haeckel en 1866, aunque fue el botánico danés Eugen Warming quien escribió en 1895 el primer manual y dictó el primer curso sobre la materia, por lo que se le considera el fundador de la Ecología. En 1927 Charles Elton señaló que *“la ecología es un nombre nuevo de algo muy antiguo”* refiriéndose principalmente a la Historia Natural. Actualmente esta ciencia está plenamente reconocida como tal en la mayor parte de las universidades, generalmente como una rama de la Biología.

El objeto de la ecología son los ecosistemas. El concepto de ecosistema fue introducido por Tansley en 1935. Indica un conjunto de componentes biológicos (organismos, sustrato) e inorgánicos (energía, estrato geológico), que coexisten en un lugar manteniendo unas relaciones recíprocas y en las que pueden cuantificarse unas “entradas” y “salidas” de materia y ener-

2 La palabra desarrollo sostenible, indicando un desarrollo compatible con la conservación ambiental, se propuso inicialmente en 1972, como luego veremos.

gía. En un ecosistema, la energía fluye habitualmente desde el sol, pasa a través de la comunidad biótica y su trama alimentaria, y sale del ecosistema en forma de calor, materia orgánica y organismos producidos en el ecosistema. Desde el punto de vista del ecólogo, generalmente los ecosistemas son las unidades básicas de conservación. Más que una unidad concreta, el ecosistema es un nivel de organización bajo cuya perspectiva se aborda el estudio de la estructura y función de una parte cualquiera de la naturaleza. Un árbol, una charca, una ciudad, un continente, incluso la biosfera, serían ecosistemas -a distintas escalas- dentro de los que pueden distinguirse un conjunto de ecosistemas subordinados unos a otros y relacionados por flujos más o menos intensos de materia y energía. Tradicionalmente, la ecología sigue dos líneas principales de estudio. La primera estudia las relaciones entre las especies y su ambiente físico-químico y la segunda abarca la ecología de las poblaciones (Terradas, 2001).

Conviene no confundir el término ecólogo con el de ecologista. El primero es un científico que estudia las relaciones entre los organismos que configuran un determinado territorio, junto a otros especialistas variados que también trabajan sobre temas ambientales (ambientólogos, agrónomos, forestales, geógrafos, sociólogos, economistas, biólogos, geólogos). Por su parte, un ecologista sería una persona que participa activamente en alguna organización cuyos fines se orientan a la conservación ambiental. El rango de objetivos y de medios de actuación de estas organizaciones es muy variado. Generalmente, realizan una labor de concienciación ambiental muy encomiable, aunque algunas organizaciones pueden plantear métodos de presión o apoyar agendas políticas en las que lo ambiental se mezcla con otros temas sociales que pueden generar reticencias, incluso entre perso-

nas que son generalmente partidarias de la conservación. Conviene indicar, además, que los movimientos ecologistas no tienen un enfoque uniforme, sino que pueden adoptar estrategias incluso enfrentadas, por ejemplo, sobre su papel activo o no en partidos políticos, o sobre el empleo de la resistencia pacífica o la violencia activa en sus actividades.

1.3. El núcleo del debate en ética ambiental

En el marco de este capítulo introductorio, vale la pena situar un poco el debate ecológico en un contexto más amplio, que intenta considerar los muy diversos aspectos y valores con los que se relaciona este tema.

Aunque parezca una obviedad, el primer asunto que conviene aclarar cuando tratamos el problema ecológico, como cualquier otro, es delimitar con rigor cuál es exactamente su magnitud, qué importancia tiene en relación con otros problemas que también pueden requerir un esfuerzo social o económico considerable. Para muchos autores, se trata del problema más importante que afecta actualmente a la humanidad, ya que pone en peligro la existencia misma de la especie humana sobre la Tierra. De esta opinión son los autores de algunas de las éticas que comentaremos en posteriores capítulos: obviamente han dedicado su actividad intelectual a este tema porque piensan que es crucial. Si los hechos no avalaran este planteamiento, o, dicho de otra forma, si la magnitud del problema ecológico fuera en realidad menor o incluso marginal, la conclusión razonable sería no tomar medidas que supusieran una distracción para resolver otros problemas de mayor relevancia. Desde el punto de vista del lector de esta obra, si los argumentos que muestran la magnitud del problema (ver cap. 2) concluyen que se

trata de un tema menor, lo mejor sería cerrar el libro y dedicar el tiempo a otras lecturas más beneficiosas.

Si conseguimos convencer al lector escéptico, o confirmar al que ya está convencido, sobre la gravedad y centralidad del problema ecológico actual, deberíamos a continuación identificar al responsable del problema. Las alternativas no son muchas, ya que la degradación ambiental solo puede ser consecuencia de factores naturales o humanos. ¿Cuál de los dos tiene mayor peso en problemas tan acuciantes como la desertificación, la pérdida de biodiversidad o el cambio climático? Si concluyéramos que los factores naturales son protagonistas, este libro debería tener un enfoque biológico, geológico o atmosférico, que nos ayudara a entender el problema e intentar minimizar sus impactos negativos. Sin embargo, si el problema es de origen humano, la solución tiene ya un componente ético, puesto que requeriría adoptar medidas que lleven consigo no sólo a reducir los efectos negativos, sino más bien a evitar que ocurran.

En este libro nos vamos a centrar en cuestiones ecoéticas, por lo que estamos implícitamente asumiendo que el ser humano es protagonista del problema ambiental y, en consecuencia, que la solución del conflicto supone una actitud distinta hacia el medio ambiente. Los factores naturales son ciertamente clave para explicar las características ambientales del planeta, pero a nuestro juicio, no tanto para entender el estado actual en el que se encuentra.

Confirmando el protagonismo del factor humano, la siguiente cuestión haría referencia a qué razones hay para tomar decisiones significativas para resolverlo. Pueden aducirse argumentos relacionados con el uso de los recursos naturales que hacemos para nuestra propia supervivencia. La naturaleza es fuente de alimento y vestido, pero no es ilimitada: una explota-

ción irracional de esos recursos acabará agotándolos en perjuicio de todos. Por ello, una primera razón –no necesariamente la más importante– para cuidar la Tierra es conservar nuestra fuente de sustento, tanto para nosotros como para otros seres humanos actuales y futuros.

Además de recurso, el medio –como su nombre indica– es el lugar donde habitamos. Deteriorar la naturaleza supone dañar nuestro propio hogar, donde respiramos, nos movemos y nos alimentamos. La salud de nuestro entorno natural es garantía de nuestro propio bienestar. Hay muchos ejemplos históricos y actuales, como luego comentaremos, donde se evidencia el impacto que un abuso de la naturaleza ha tenido sobre el propio ser humano. Como dice el refrán popular, *"Dios perdona siempre, el hombre algunas veces y la naturaleza nunca"*.

Finalmente, podemos indicar razones de orden ético o moral para cuidar la Tierra. En este campo entran los muy variados planteamientos filosóficos y religiosos que justifican nuestro compromiso personal para cuidar nuestro entorno, no tanto por las consecuencias que ese cuidado tendría para nosotros mismos, sino principalmente debido al valor que le damos a esa actitud (por ejemplo, en el marco de una ética de la responsabilidad) o por el valor intrínseco que ese medio y sus habitantes (plantas, animales, otros seres humanos) tienen. A este tema le dedicaremos buena parte de este libro, pues nos parece que es la principal razón para conservar la naturaleza: no tanto porque nos beneficie materialmente, sino porque nos engrandece como personas, llevándonos a ser más virtuosos.

Una vez que hayamos analizado las razones para responder a la crisis ecológica, la última pregunta que cabría hacerse sería cómo hacerlo de modo más eficaz. Esta respuesta estará condicionada en buena me-

dida por las razones que la motiven. Si nuestros argumentos son únicamente utilitaristas, igual podríamos concluir que la mejor respuesta sería no hacer nada (*business as usual*, como coloquialmente dicen los anglosajones), dejando el problema a las generaciones futuras en un ejercicio de egoísmo generacional.

Una segunda respuesta sería incrementar la inversión en tecnología, convencidos de que el problema de fondo se arregla simplemente con el ingenio humano. Solucionaremos el problema de las emisiones cuando inventemos fuentes de energía con menor emisión; la contaminación del agua cuando usemos filtros más apropiados, o la erosión del suelo cuando nuevas técnicas de producción agrícola permitan reducir el espacio cultivado. En el fondo, esto supone pensar que tenemos "*todo bajo control*", y que sólo es cuestión de tiempo que consigamos sistemas de producción, transporte o consumo menos agresivos con el medio. Ciertamente, la historia nos muestra que el desarrollo tecnológico ha implicado mejoras objetivas en el medio ambiente de muchos lugares, pero también es cierto que lo ha empeorado en otros, añadiendo elementos contaminantes extraños a la naturaleza que ahora no es posible asimilar. El caso más patente es el de los compuestos clorados que se usaron en refrigeración, suponiendo un grave deterioro de la capa de ozono estratosférico. Resolvieron un problema (mantenimiento de alimentos o del confort térmico en los lugares donde se empleaban), creando otro más grave, poniendo en riesgo el filtro natural de la radiación ultravioleta, que es imprescindible para la vida en el planeta.

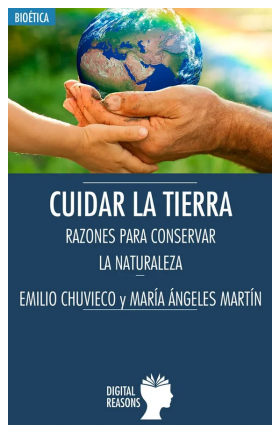
Por otro lado, debemos tener en cuenta que la tecnología no es inocua, sino que actúa en función de unos intereses económicos que suelen tener poco en cuenta el impacto ambiental que generan, especial-

mente si pretenden maximizar el beneficio a corto plazo. La tecnología puede en este marco ser un magnífico aliado de los intereses económicos, en detrimento de los procesos naturales y también de las poblaciones locales. Baste citar el impacto de algunas de las grandes infraestructuras que se han construido en las últimas décadas, como la presa de las tres gargantas en China, que desplazó a más de millón y medio de personas. Los impactos negativos de la tecnología están presentes en aspectos mucho más cotidianos, como sería el control de las personas (vigilancia, flujo de información en internet...), la manipulación de alimentos o de embriones humanos, por no citar las armas atómicas o químicas.

En suma, sin menospreciar el interés de la técnica, a nuestro modo de ver, no remedia la raíz del problema. La tecnología a veces supone sustituir un cambio necesario por una especie de placebo, un sucedáneo que disminuye la percepción del problema, pero no lo elimina. Si hay erosión en una cuenca debida a la deforestación de la cabecera y esto supone que los ríos produzcan mayores inundaciones, la solución no está en construir diques de contención aguas abajo, sino en reforestar aguas arriba. Más diques mitigan los problemas, pero a un coste mucho mayor porque no son soluciones naturales y porque introducen nuevos problemas (ruptura artificial de flujos, inestabilidad de pendientes, etc.). En suma, la tecnología ayuda a las decisiones éticas, pero no las sustituye.

Tampoco nos parece una solución adecuada plantear un retorno a las condiciones de las sociedades pre-industriales, por un lado, porque sería utópico (no se puede desandar el reloj de la historia) y, por otro, porque las sociedades primitivas también han tenido actuaciones desacertadas en el medio, como luego veremos. Quienes plantean una especie de "retorno

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *Cuidar la tierra. Introducción a la ética ambiental*, de Emilio Chuvieco y María Ángeles Martín. El libro completo recorre en ocho capítulos la situación ecológica del planeta, las raíces del conservacionismo, las distintas éticas ambientales y las respuestas posibles a la crisis ecológica.

Comprar el libro completo >

bibliotecaonline.es/cuidar-la-tierra-introduccion-a-la-etica-ambiental

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **El diagnóstico.** Qué es lo natural, ecología y ecologismo, y cuán grave es realmente la situación ecológica: contexto, tendencias y señales de alarma.
- **Raíces y razones.** La historia del conservacionismo desde el siglo XIX y las razones para conservar: recursos, servicios, contemplación, salud y convicciones.
- **Éticas y religiones.** Del antropocentrismo al biocentrismo y el sensocentrismo; qué aportan las tradiciones indígenas, el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el islam y el cristianismo, con *Laudato si'*.
- **Respuestas a la crisis.** No hacer nada, la vía tecnológica, la indigenista y la antihumanista, frente a una ecología integral que cambie estilos de vida.

Fruto de la docencia de los autores en ética ambiental en las universidades de Alcalá y Rey Juan Carlos.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-10093-00-3



Escanee para comprar